

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de Hª Social y del Pensamiento Político, UNED
Dpto. de Hª del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM
Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón

Curso 2013-2014
Documento de trabajo 2014/1

¿EL FINAL DE LA VIOLENCIA? ELIMINACIONISMO, GUERRA Y POSGUERRA EN EUROPA, 1936-49

Javier Rodrigo
(Universidad Autónoma de Barcelona)

SESIÓN: JUEVES, 30 DE ENERO, 19 H.

Lugar: Biblioteca
Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: seminariodehistoria@gmail.com

¿EL FINAL DE LA VIOLENCIA?

Eliminacionismo, guerra y posguerra en Europa, 1936-49.

JAVIER RODRIGO*

Universitat Autònoma de Barcelona.

Da igual lo que los hombres opinen de la guerra, dijo el juez. La guerra sigue. Es como preguntar lo que opinan de la piedra. La guerra siempre ha estado ahí. Antes de que el hombre existiera, la guerra ya le esperaba. El oficio supremo a la espera de su supremo artífice. Así era entonces y así será siempre. Así y de ninguna otra forma.

Cormac McCARTHY, *Meridiano de sangre* (1985, p. 299 de la ed. española de 2010).

Excepción o norma. Patología o hábito. Ruptura o continuidad. Irracionalidad o racionalidad. La relación del análisis historiográfico con el fenómeno de la violencia colectiva bascula sobre estas duplas, de manera casi inevitable, desde hace décadas. Hace décadas que los historiadores se preguntan si la del Viejo Continente en el Novecientos puede contarse como una historia de homogeneización, limpieza, enfrentamiento, expulsión y eliminación políticas, sociales, culturales e identitarias. De hecho, es posible que el análisis de la violencia haya ido sustituyendo paulatinamente al de la guerra como fenómeno central de la contemporaneidad y del interés historiográfico, hasta el punto que cada vez más la segunda se percibe, no solo, pero desde luego también, como continente, receptáculo de la primera. La violencia jalonó los intentos de ascensión y mantenimiento en el poder en toda Europa, fue un mecanismo central de actuación bajo el manto de las guerras civiles e internacionales europeas y, desde la disolución de las fronteras entre civil y militar durante la Gran Guerra hasta el intento de exterminio racial durante la Segunda Guerra Mundial, hizo de la primera mitad del siglo XX en Europa el tiempo histórico más brutal, sangriento y, en consecuencia, fundacional del anterior milenio. La sucesión de guerras internas e internacionales que jalonó la historia europea del Novecientos, al menos en su primera mitad, ha sido en consecuencia posiblemente la más estudiada por la historiografía

* Trabajo adscrito al Proyecto de Investigación del Ministerio español de Ciencia e Innovación «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)» (HAR2011-25749).

contemporaneísta en las últimas décadas. En este artículo propongo un recorrido asimétrico y diacrónico por esa Europa hemisecular y por las políticas de violencia que tuvieron lugar en su suelo, bajo una serie de prismas.

El primero, el de dar por segura la imposibilidad de abarcar todos los procesos, diferentes, complejos y poliédricos, de violencia en el Viejo Continente. El segundo, el de atender a la contingencia histórica antes que a la elaboración teórica para, así, observar las dinámicas de continuidad y discontinuidad en las coyunturas propiciatorias para la multiplicación de esas praxis de violencia. El tercero, el de observar cómo las tasas de violencia en Europa se acrecentaron exponencialmente a raíz de la concurrencia en su suelo de los fenómenos del fascismo, de la guerra de ocupación y de la guerra civil, contribuyendo esta multiplicación de conflictos a multiplicar a su vez la intensidad y profundidad de las políticas de violencia en Europa contra un enemigo estereotipado, supraindividual, que la mayoría de las veces era además, un civil-no combatiente. Y el cuarto, el de no detener la marcha explicativa en el cese de las armas de 1945, evitando una división neta que, muchas veces, no permite observar cómo el final de la violencia tras la Segunda Guerra mundial no fue un hecho sino un proceso, en el que se entrelazaron rupturas y continuidades, y en el que las lógicas de las violencias fueron sustituyéndose progresivamente o de forma abrupta en la segunda mitad de la década de los Cuarenta.

Las historias que entretejen el relato de la violencia europea en el siglo XX forman una espesa maraña hecha de trazos superpuestos, en la que no existen líneas maestras ni ideas-fuerza, y para las que por tanto no son válidas las explicaciones simplistas¹. La que inicia en 1917 y finaliza en 1949 fue una era de guerras internacionales y civiles en Europa. Pero comparativamente, las segundas han recibido menos interés que las primeras como marcos generadores de violencia colectiva. Sin embargo, muchos de los conflictos generados en la Europa de Entreguerras pueden, de hecho, ser vistos como guerras civiles, tanto o más evidentes que la rusa, la finlandesa o la irlandesa. Y no solo 1917-1936: después de la española, paradigma de todas ellas, la guerra civil tocó suelo hasta 1949, dentro del contexto de la guerra mundial o no, en Italia, los Balcanes, Francia o Grecia. Esas guerras contuvieron y fueron los marcos propiciatorios *sine qua non* de procesos y políticas de violencia contra la población no combatiente. Y esa multiplicación de conflictos contribuiría, a su vez, a multiplicar la

¹ Como reclama Timothy SNYDER, *Bloodlands. Europe between Hitler and Stalin*, Nueva York, Basic Books, 2010.

intensidad y profundidad de las políticas de violencia en Europa contra un enemigo estereotipado, supraindividual, que la mayoría de las veces era, además, un civil-no combatiente. La hipótesis central de este artículo es que, debido a la superposición de guerras y de lógicas de violencia, la finalización de la internacional y de ocupación de 1939-45 no supuso por fuerza el fin de todas ellas. De hecho, ningún tratado puso fin a ninguna de las guerras civiles europeas. La guerra mundial finalizó en 1945, pero las guerras que generó iniciaron antes, generalmente de manera abierta al ritmo de los diferentes armisticios (la primera fue, pues, la italiana), y no finalizaron como mínimo hasta cuatro años después.

Por eso, he encabezado este artículo a partir de lo más interesante de la película de Wim Wenders, *The end of violence* (1997): su título. Los interrogantes quieren, precisamente, poner en cuestión una suerte de cosmovisión europea según la cual la violencia habría desaparecido del suelo europeo con el final de la Segunda Guerra mundial, y cuyo epítome reciente sería la tesis de Steven Pinker sobre su irremediable declinar en el presente². Evidentemente, para llevar a cabo esa tarea sería necesaria una visión mayor de conjunto, que englobase también la segunda mitad del siglo XX europeo, así como la acción de los poderes del Viejo Continente en las guerras coloniales. Pero eso queda por el momento fuera de las pretensiones de mi trabajo.

Políticas de violencia.

Partir de la contingencia histórica, como señalo en el segundo de los prismas a través de los cuales considero necesario observar la violencia de masas en el Novecientos europeo, no significa renunciar a la teorización. Al contrario: debe servir para modularla, completarla y enriquecerla³. Y si miramos al pasado contemporáneo de violencia desde la contingencia histórica, en vez de colocar las lentes de la demostración empírica de una teoría previamente elaborada, observaremos que el Veinte fue tremendamente violento por la acumulación global de procesos históricos multifactoriales, cada uno de ellos con su propia coyuntura y su propio contexto, que no tuvo por qué ser exclusivamente nacional ni endógeno pero que fue, en definitiva,

² Steven PINKER, *The Better Angels of our Nature: the Decline of Violence in History and its Causes*, Londres, Allen Lane, 2011.

³ Manus I. MIDLARSKY, *The Killing Trap. Genocide in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005: un excelente libro con un marco teórico insostenible. Ver también Benjamin A. VALENTINO, *Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the 20th Century*, Ithaca, Cornell University Press, 2004.

propio⁴. Sin embargo, y pese a que los contextos históricos no son intercambiables, algunos libros recientes sobre la violencia colectiva en el siglo XX no pueden evitar la tentación de reclamar su utilidad y proyectarse hacia el presente y el futuro porque, en buena medida, sus autores creen que identificar los elementos que han devenido en violencia en el pasado evita su repetición⁵. Para ello, se tiende a definiciones o conceptualizaciones omnicomprendivas de procesos violentos complejos y, muchas veces, distantes. Se reducen las actuaciones humanas en sociedad a tablas⁶ y gráficos comportamentales. O se divide el mundo en categorías metafóricas⁷.

El uso de metáforas (el pueblo, la clase, la raza, el holocausto) está muy extendido en la historiografía sobre las políticas de violencia en el siglo XX, pero por lo general éstas esconden más de lo que explican. Lo mismo sucede con las categorías omnicomprendivas, que tienen a reducir los fenómenos históricos a esquemas analíticos, a veces sin anclaje con la contingencia, o incluso a costa de ella. Para afrontar esa necesidad de contingencia histórica sin renunciar a la complejidad teórica, he planteado como paraguas conceptual el sintagma políticas de violencia⁸, que engloba mejor, con menos presupuestos y con más matices, lo que aquí se analiza: los mecanismos, las *políticas* que, en el plano teórico y en el práctico, diferentes estados, agencias estatales o grupos utilizaron para acceder, controlar, monopolizar o influir en el poder, mediante la *violencia*. Supone, por tanto, la existencia de unas prácticas políticas específicas cuyo contenido teórico y concreción práctica fueron a través de la violencia. La ciencia política ha utilizado mayoritariamente el contrario, la noción de violencia política, para referirse a los mecanismos históricos (y presentes) de violencia de naturaleza, explicación y objetivo político⁹. Cuestiones como la «incapacidad del sistema a

⁴ David EL KENZ (ed.), *Le massacre, objet d'histoire*, Paris, Gallimard, 2005.

⁵ Michael MANN, *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

⁶ Stathis N. KALYVAS, *The Logic of Violence in Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

⁷ Como las de Daniel J. GOLDHAGEN, *Peor que la guerra. Genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad*, Madrid, Taurus, 2010. Goldhagen divide los conflictos según hubo deshumanización o demonización, o no, del enemigo, p. 349.

⁸ Javier RODRIGO (ed.), *Políticas de violencia. Europa siglo XX*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, en prensa.

⁹ Yves MICHAUD, *Violencia y política*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1980. Wolfgang J. MOMMSEN, «Non-legal violence and terrorism in Western industrial societies: an historical analysis», en Id. y Gerald HIRSCHFELD (eds.), *Social protest, violence and terror in Nineteenth and Twentieth Century Europe*, Londres, Mc. Millan, 1982, pp. 384-403. Este volumen refleja con creces el estado en que se encontraba el debate sobre la violencia política en los años 80. Para una definición de la violencia fuertemente engarzada con los procesos históricos, vid. la introducción a Donatella DELLA PORTA, *Social movements, political violence, and the State. A comparative analysis of Italy and Germany*, New York, Cambridge University Press, 1995.

encontrar una adecuada socialización a través de lo simbólico»¹⁰, la privación o carestía relativa¹¹, la frustración sistemática¹² o las disfunciones en el sistema¹³, por indicar varios ejemplos, se han ido así incorporando al bagaje teórico de la que en la época se llamó la violentología. Pero salvo en las ocasiones en que se ha tratado de probar su operatividad para procesos de violencia masiva, lo cierto es que en su gran mayoría el sintagma se ha empleado referido al terrorismo, las más de las veces contra el poder aunque, en ocasiones, también estatal¹⁴.

El Estado ha acabado sin embargo por convertirse en el gran sujeto histórico de violencia, y a ello han contribuido notablemente los *genocide studies*¹⁵. Es esta, pues, una cuestión nominativa, pero también lo es interpretativa. Y con ella, se arrastra toda una cosmovisión sobre el pasado, sobre sus procesos y sobre sus sujetos. Pese a que posiblemente no haya dos teóricos que coincidan en todos los términos, de seguir las teorías generales sobre la violencia política, sobre el terror y el genocidio, como primer y gran perpetrador de violencia en el XX europeo encontraremos, generalmente, al estado¹⁶. Enfrentado contra estados externos o en pugna contra elementos internos, es desde el poder, o desde agencias que pugnan por o contra él, que se han ejercido las violencias de manera más amplia. Encontraremos también motivaciones y planes preestablecidos para la perpetración de las violencias colectivas. Y encontraremos, además, colectivos de víctimas homogéneos e identificables por una característica colectiva. Sin embargo, inmersos en esos procesos también encontraremos a para-estados (como los de las guerras civiles), a agencias periféricas al estado (como los ustaše croatas), a estados potencial o realmente paralelos (como las SS nazis), a estados en construcción o reconstrucción (como los de las posguerras) o, luchando contra el

¹⁰ Michel MAFFESOLI, *La violence totalitaire. Essai d'anthropologie politique*, París, P.U.F., 1979.

¹¹ Ted Robert GURR, «The calculus of Civil conflict», en *Journal of Social Issues*, vol. 28, n. 1., 1972, pp. 27-47.

¹² Rosalind L. FEIERABEND, «Systemic conditions of political aggression: an application of frustration-aggression theory», en *Journal of conflict resolution*, vol. X, n. 3, 1966.

¹³ Talcott PARSONS, «Some reflections on the place of force in Social process», en Harry ECKSTEIN (ed.), *Internal war: Basic Problems and Approaches*, Nueva York, The Free Press, 1964, pp. 33-70.

¹⁴ Leslie McFARLANE, *Violence and the State*, Londres, Thomas Nelson & sons, 1974.

¹⁵ Donald BLOXHAM y Dirk MOSES (eds.), *The Oxford Handbook of Genocide Studies*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

¹⁶ Alex P. SCHMID, «Repression, State Terrorism and Genocide: conceptual clarifications», en P. Timothy BUSHNELL et. al. (eds.), *State Organized Terror. The case of violent internal repression*, Boulder, Westview Press, 1991. Bernard BRUNETEAU, *El siglo de los genocidios. Violencias, masacres y procesos desde Armenia a Ruanda*, Madrid, Alianza, 2006 [2004]. Omer BARTOV, Atina GROSSMANN y Mary NOLAN (eds.), *Crimes of war. Guilt and Denial in the Twentieth Century*, Nueva York, The New Press, 2002. Los trabajos más impactantes en los últimos años en este sentido los firma Dirk MOSES (ed.), *Genocide: Critical Concepts in Historical Studies*, 6 vols., Abingdon, Routledge, 2010.

estado, a los grupos militares armados (los partisanos italianos o yugoslavos, los chetniks, el EAM-ELAS, los FTP) o terroristas (los *squadristi*, las Brigate Rosse, el IRA, ETA). Por supuesto, no solo a dirigentes: también a agencias locales y territoriales de poder, cuyas lógicas no siempre coinciden con las del estado¹⁷. Hallaremos actores colectivos que, en el resbaladizo terreno de la colaboración, pueden ser a la vez víctimas y verdugos, y también actores individuales con lógicas propias e intransferibles¹⁸. Y encontraremos lógicas, por fin, que no son las estrictamente estatales. Las naturalezas, por ejemplo, de las violencias política y racial nacionalsocialistas, fascistas o revolucionarias hablan no solo de intereses estatales, sino sobre todo de la construcción y protección de comunidades populares y nacionales, de homogeneizaciones raciales, nacionales o de clase al amparo de la violencia y su uso.

Hay pues más que importantes matices a la conclusión que lleva al estado y a la lógica estatal a ser, respectivamente, perpetrador y legitimadora únicos de la violencia colectiva. De hecho, no existe una combinación ideal de factores. No existe una violencia única, transtemporal y descontextualizada, un idealtipo violento y monocausal. El tipo de análisis centrado en la búsqueda de factores ideológicos, raciales, religiosos o de construcción de las entidades estatales suele funcionar de manera problemática a ras de suelo, donde la mayoría de las ocasiones no se encuentra la combinación ideal estado-intencionalidad-planificación que, sumada al condicionante necesario de la víctima definida, se establece en muchas ocasiones como requisito necesario para el genocidio. Tal vez haya que sustituir la lógica del *estado* por la del *poder* para comprender la violencia de masas. Tal vez, más que una intencionalidad homicida haya que hablar de procesos sin líneas maestras ni ideas fuerza sujetos, eso sí, a contextos de fuerte crisis¹⁹.

Por plantearlo en otras palabras: las evidencias que hacen pensar en efectos imitativos entre diferentes regímenes son menos de las que apuntan a la viabilidad de una comprensión de cada fenómeno de violencia en su propio contexto. Por supuesto existen dinámicas comunes: la contextualización de las violencias en procesos eminentemente bélicos o de fuerte tensión interna, la conceptualización progresiva de

¹⁷ Mark MAZOWER, «Violence and the State in the Twentieth Century», en *The American Historical Review*, vol. 107, n. 4, 2002, pp. 1158-1178. También de gran interés es el artículo de Ian KERSHAW, «War and Political Violence in Twentieth Century Europe», en *Contemporary European History*, n. 14-1, 2005, pp. 107-123.

¹⁸ Olaf JENSEN y Claus-Christian W. SZEJNMAN (eds.), *Ordinary People as Mass Murderers: Perpetrators in Comparative Perspectives*, Londres, Palgrave Macmillan, 2008.

¹⁹ Christian GERLACH, *Extremely violent societies. Mass violence in the Twentieth-Century World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-9.

los civiles como objetivo bélico de primer orden, la difusión de ideologías exaltadoras de la violencia y de la muerte se encuentran, sin duda, entre las que en la Europa del siglo pasado más favorecieron a la convergencia y concreción del poder en forma de violencia de masas. Los factores de modernización y acumulación derivados de la industrialización son, vistos en perspectiva, centrales para su concreción práctica: sin duda, en los escasos fenómenos de violencia revolucionaria en Europa, pero también en lo relativo a la identificación de determinadas categorías sociales como eliminables (los judíos europeos, sin ir más lejos). Y en general, eso sirve para casi cualquier elemento relacionado con la estructura económica (rural y/o urbana) y de reparto del capital. Pero, como ha señalado muy acertadamente Christian Gerlach, toda esa preparación, toda esa acumulación de factores determinantes no tiene por qué dar como resultado un proceso de violencia colectiva.

De manera más precisa, estos tienen lugar sobre todo en contextos de fuerte praxis de conflicto y percepción de crisis²⁰. Y, además, estos tienen lugar, de manera mayoritaria si miramos a la Europa del XX, en períodos no excesivamente largos de tiempo. Por supuesto, existen períodos de larga represión política, de sometimiento estructural a la realidad o la amenaza potencial de la violencia, y los casos de España o Portugal son buenas pruebas de ello. Pero si observamos con detenimiento, veremos cómo las violencias colectivas, en su gama factual, no potencial, amplia (asesinatos, deportaciones, exilios forzados: más adelante me extiendo en esta cuestión), suelen tener lugar en momentos concretos y no a lo largo de períodos indefinidos de tiempo. Tienen, pues, procesos de precipitado en tiempos de crisis, destacando sin duda en Europa entre estos últimos los tiempos de guerra abierta. Una de las características propias de la contemporaneidad ha sido la acumulativa progresión del porcentaje de civiles muertos en las guerras²¹. Europa (central, occidental, oriental, meridional, septentrional) es el laboratorio donde esa progresión se hace más evidente, por ser el suelo donde más guerras, y de manera más continua, ha habido en los siglos XIX y XX.

La guerra fue, pues, el fenómeno central para la violencia contemporánea, y su cultura (disolución y transgresión de categorías; demonización del enemigo a través de estereotipos deshumanizadores; unión indivisible entre estado, modernidad y violencia), elaborada en el tiempo de movilización y proyectada sobre el de paz, el marco para la

²⁰ Ivi., p. 267.

²¹ La dimensión temporal es, sin embargo, importante. En caso contrario, el análisis pierde sentido, como en Hugo SLIM, *Killing Civilians. Method, Madness, and Morality in War*, Nueva York, Columbia University Press, 2008.

consideración como aceptable, justa y necesaria de la eliminación del enemigo en cuanto tal, en cuanto a integrante de una unidad superior al individuo. Las grandes masacres colectivas europeas han tenido lugar al amparo propiciatorio o a resultas de procesos bélicos, y dentro de esos contextos han tenido en las poblaciones no combatientes a sus mayores objetivos ya que, en última instancia, lo que persiguen esas dinámicas de destrucción constructiva es la transformación de las sociedades en que tienen lugar. Vistas en perspectiva caballera, las más graves aparecen si no como el resultado necesario, sí como dependientes de contextos específicos como la guerra abierta, la guerra civil o la importación de la lógica de la guerra interna a las relaciones políticas en tiempo de paz. Es cierto, pues, que en una perspectiva global los genocidios y asesinatos en masa no siempre están ni tienen por qué estar relacionados con contextos bélicos. El Holodomor ucraniano de 1933 o las matanzas en la China maoísta, incluida la de cientos de miles de tibetanos en 1950, no tuvieron relación directa con una confrontación militar²². Sin embargo, si centramos el foco en Europa la conclusión es algo diferente.

A efectos prácticos, además, no es tan importante discernir cuál es la matriz del otro. Sea el intencionalismo homicida, limpiador y creacionista el que genera los procesos bélicos, o sean las guerras las que sirven de multiplicadoras necesarias de proyectos embrionarios y de mucho menor alcance homicida, el resultado es el de un proceso bélico como contexto propiciatorio para las violencias de masas. Ha habido eliminacionismo teórico, y de hecho es Europa la cuna de una de las mayores ideologías eliminacionistas, el fascismo. Pero sin la guerra, los índices de violencia son considerablemente menores. El asesinato de la minoría nacional armenia en Turquía no necesitó del contexto bélico en 1894-96 ni en 1909, pero el modo en que tuvo lugar (identificación de la minoría nacional como enemiga y aliada de enemigos; deportación y muerte masiva) requirió del contexto legal y funcional de la guerra internacional. En España, el índice de asesinatos por persecución política, así como otros indicadores de violencia colectiva como los sistemas concentracionarios y los trabajos forzados, se redujeron notablemente tras la finalización en 1948 del estado de guerra instaurado en 1936. Durante la larga era del fascismo, la mayor de las violencias en términos cuantitativos dentro del territorio italiano tuvo lugar en el marco de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra civil y la Liberazione.

²² Norman M. NAIMARK, *Stalin's Genocides*, Princeton, Princeton University Press, 2010.

Observar los procesos violentos y analizarlos en su conjunto, abordándolos desde sus praxis multifactuales, desde los lenguajes que los revistieron y las interpretaciones (positivas, en su mayoría) que se elaboraron en torno a ellos es central para contextualizarlos, y para comprender la relación que puede establecerse, histórica e interpretativa, entre ellos. Hay que evidenciar las diferencias y las continuidades, entender cómo y por qué comienzan, cómo y por qué se desarrollan, cómo y por qué finalizan. Y comprender, en definitiva, los mecanismos y las lógicas intelectuales e identitarias que se representan y toman cuerpo, sentido y praxis histórica en el acto de la identificación y violencia colectivas. Según escribiría Raimundo Fernández Cuesta, a la sazón Secretario General del partido único fascista FET-JONS en España, la guerra «destruyó unas ideas y modos de vivir, pero alumbró otros». Destruir para alumbrar, laminar para reconstruir. La violencia colectiva del siglo XX persiguió, en su gran mayoría, no la destrucción como meta última, sino como medio para alcanzar un fin más elevado. Lo cual, evidentemente, no quiere decir que toda la violencia colectiva de la Europa del Novecientos tuviese un objetivo elaborado y proyectado en positivo, fuese la mejora de la raza, de la sociedad, o la protección de la comunidad nacional amenazada. La violencia de la segunda posguerra mundial —las de las colectividades masacradas durante la guerra, la de los soldados soviéticos contra los enemigos derrotados o las de los partisanos y guerrilleros— revela en muchos casos un carácter abiertamente vengativo. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que no se implementasen también para *limpiar* el suelo, el país, la comunidad, mediante la eliminación del enemigo.

Esta mirada complaciente y benévola sobre la violencia —necesaria, sanadora, proactiva— no fue exclusiva de ningún país ni de ningún proceso histórico. En tanto que partes de proyectos de transformación más amplios²³, los procesos de violencia colectiva más o menos interrelacionados admitieron grados de ejecución, desde la incomodidad injusta al exterminio colectivo, pasando por la represión, el terror selectivo o el terror masivo. Eso quiere decir, por tanto, que además de al perpetrador, sus contextos y sus víctimas cabe también definir qué queremos decir exactamente con violencia. Los repertorios no son infinitos pero sí ricos, numerosos y hasta imaginativos. Y no abarcan solo asesinatos o maltratos, a veces de carácter extremo: la violencia (la acción) y el terror (el efecto) no finalizan siempre, o no tienen siempre por objetivo la

²³ Daniel J. GOLDHAGEN, *op. cit.*, p. 39.

muerte: la violencia de masas no es solamente exterminio, sino un concepto mucho más amplio que el de los asesinatos en masa. En caso de dejar fuera de las acciones que entendemos como violencia de masas, colectiva, estatal o para-Estatal o terrorista todas aquellas que no se acompañen de la muerte por acción u omisión, quedarían fuera exilios, deportaciones, torturas, represiones políticas, internamientos forzosos, persecuciones, palizas, depauperaciones forzosas, violaciones y un largo etcétera.

La violencia *squadrista* del primer fascismo, la del aceite de ricino y las campañas de los *fasci* por el norte de Italia fue menos asesina que intimidatoria. El internamiento en los campos salvajes de la Alemania de 1933, o en los campos de trabajo españoles o portugueses, no perseguía la muerte de los prisioneros. Las violaciones y humillaciones públicas de las mujeres de izquierdas en la Guerra Civil española, o de colaboracionistas en la Francia de la liberación, tampoco. Muchos del medio millón de españoles exiliados murieron, pero no fueron asesinados. También murieron centenares de alemanes de los expulsados y deportados, hasta 12 millones, de Europa del Este desde 1945. Los exilios, las deportaciones supusieron desplazamientos masivos de sujetos caracterizados por una identidad precisa, nacional, política y en buena medida, étnico-lingüística. No buscaban explícitamente la muerte de los desplazados. Sin embargo, resulta difícil dejar fuera esas deportaciones, violaciones, humillaciones, internamientos y exilios del análisis de lo que es y significa la praxis violenta en el siglo XX, cosa por otra parte que los estudiosos del siglo XIX, cuando no había campos de exterminio ni bombas atómicas pero sí guerras civiles e internacionales, represalias y encarcelamientos políticos, encontrarían cuanto menos grotesca.

Matar civiles.

En la historia europea el genocidio, si como tal puede denominarse algún proceso concreto, es realmente es la excepción, y la guerra y la represalia contra la población civil, la norma²⁴. Combinado con el fascismo eliminacionista y las guerras mundiales, el fenómeno que más muertes y mayores tasas de violencia relativa supuso para las poblaciones europeas fueron las guerras civiles, y en particular las generadas en Europa en la era del fascismo. La guerra es una práctica altamente codificada de

²⁴ Es el caso del Portugal de Salazar, cuyos repertorios de violencia han sido estudiados por Diego PALACIOS, *A culatazos. Protesta popular y orden público en el Portugal contemporáneo*, Madrid, Genuève, 2011

violencia²⁵. Sin embargo, la ubicuidad del término hace de su adscripción un mecanismo no solamente historiográfico, sino también político, cultural e identitario. En principio son fácilmente reconocibles las declaradas y abiertas, con declaración de hostilidades entre dos partes que forman parte previamente de una unidad política previa. Pero en perspectiva comparada, existen elementos comunes que definen una guerra civil y que explican el grado y la intensidad de sus procesos de violencia²⁶. Algunos son de índole militar, como el que las civiles sean guerras de beligerancias cruzadas, y en el tiempo de la totalización de los conflictos bélicos, con lo que eso implica crecimiento acumulativo de la implicación de civiles en las guerras, en tanto que partes de una maquinaria estatal o paraestatal de guerra, o en tanto que objetivos militares. Otros, aunque relacionados, de naturaleza política, como el hecho de que los enfrentamientos entre proyectos de Estado hayan sido ejes vehiculares en las guerras internas del siglo XX, sobre todo a raíz de la popularización de los procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios europeos.

Además, existen características culturales e identitarias diferenciadoras. Las guerras civiles contienen elementos simbólicos que las convierten en particulares epítomes de crueldad y salvajismo. No todas por igual ni todas en escala equiparable, pero las guerras civiles son también combates en los que se dirime la hegemonía sobre, y hasta la apropiación de, el capital simbólico e identitario de la nación y de la comunidad. Las guerras compuestas de procesos superpuestos son siempre origen de conflictos de gran intensidad violenta hacia los no combatientes. Waldmann propone que las guerras civiles «desarrollan una dinámica propia cuyo propulsor principal lo constituye una violencia liberada de las ataduras políticas» donde es característico que la violencia «desborde los estrechos límites estatales y políticos». El *topos* de la especial crueldad y dureza de las guerras civiles se apoyaría, de hecho, en la percepción que los participantes tienen de ellas, no siendo guerras de conquista solamente (donde se pugna por aumentar el poder y el territorio) sino que «pone[n] en juego la existencia de los

²⁵ Pieter LAGROU, «La 'guerra irregolare' e le norme della violenza legittima nell'Europa del Novecento», en Luca BALDISSARA y Paolo PEZZINO (eds.), *Crimini e memorie di guerra. Violenze contro le popolazioni e politiche del ricordo*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2004, pp. 89-102.

²⁶ No abundan, sin embargo, los análisis comparados. Los clásicos son los de Harry ECKSTEIN, ya citado, y el de Robin D.S. HIGHAM (ed.), *Civil Wars in the Twentieth Century*, Lenxington, 1972. Muchas referencias a las guerras civiles contiene Arno MAYER, *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956*, Nueva York, Harper and Row, 1971. De gran utilidad es Gabriele RANZATO (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994 y, más recientemente, Philip B. MINEHAN, *Civil War and World War in Europe: Spain, Yugoslavia, and Greece, 1936-1939*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.

grupos contrincantes, su identidad colectiva, en algunos casos incluso su supervivencia física»²⁷.

Tanto la guerra española de 1936-39 como la mundial de 1939-45 y los conflictos internos que contuvo fueron, de hecho, muchas guerras superpuestas. Fueron guerras civiles, justificadas como nacionales, luchadas en términos de clase y de religión. Fueron guerras nacionales de independencia contra el enemigo exterior, guerras contra el enemigo de clase, guerras contra los fantasmas del pasado reciente revolucionario, guerras de religión, guerras políticas e internacionales y guerras militares, totales, de ocupación territorial²⁸. Y esa superposición, junto con el hecho que como reconociera Victor Serge, en una guerra civil no se reconoce a los no beligerantes, es la que marca las dimensiones y grados de la violencia interna. Guerras como la rusa, la finlandesa, la griega o la irlandesa también se acompañaron de esas multiplicidad y multidireccionalidad extremas, que afectaron a las lealtades, a las acciones individuales y a la actuación frente al enemigo²⁹. Y es difícil abstraerse de la macrointerpretación global y transtemporal que atribuye las violencias cruzadas en las guerras civiles a dos sujetos conceptuales, la revolución y la contrarrevolución, en guerra continua desde 1917-18 y a lo largo del siglo XX, valiéndose de dos terrores, rojo y blanco, como

²⁷ Peter WALDMANN, «Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular», y «Dinámicas inherentes de la violencia política desatada», en Id. y Fernando REINARES (eds.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 27-44 y 87-108 respectivamente.

²⁸ Una primera formulación de esta idea de las guerras superpuestas puede encontrarse en Claudio PAVONE, «Le tre guerre: patriottica, civile, e di classe», en Massimo LEGNANI y Ferruccio VENDRAMINI (eds.), *Guerra, guerra di liberazione, guerra civile*, Milán, Angeli, 1990.

²⁹ Un relato pormenorizado, en Orlando FIGES, *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000 (1996), pp. 609 y ss. También Vladimir BROVKIN, *Behind the front lines of the Civil War*, Princeton, Princeton University Press, 1994 y Evan MAWDSLEY, *The Russian Civil War*, Boston, 1987. Sobre Finlandia Risto ALAPURO, *State and revolution in Finland*, Los Angeles, University of California Press, 1988. Anthony F. UPTON, *The Finnish Revolution, 1917-1918*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1980. Un estudio comparado, en Julián CASANOVA, «Guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en Finlandia, España y Grecia (1918-1949): un análisis comparado», en Id. (ed.), *Guerras civiles en el siglo XX*, Madrid, Pablo Iglesias, 2001, pp. 1-28. Los trabajos de referencia de Manninen, Paavolainen y Ylikangas, los cita Risto ALAPURO en «Violence in the Finnish Civil War of 1918 and Its Legacy in a Local Perspective», paper presentado al *Workshop Political Violence and Civil Wars*, Instituto Universitario Europeo, Florencia, 18-20 de abril de 2002. Sobre Irlanda David FITZPATRICK, «Guerras civiles en la Irlanda del siglo XX», en Julián CASANOVA (ed.), *op. cit.*, pp. 79-92. También Peter HART, *The IRA and its Enemies: Violence and Community in Cork, 1916-1923*, Nueva York, Clarendon Press, 1999 e Id., «The Dynamics of Violence in the Irish Revolution, 1917-1923», paper presentado al *Workshop Political Violence and Civil Wars*, Instituto Universitario Europeo, Florencia, 18-20 de abril de 2002. Sobre el contexto europeo de violencia en y tras la Gran Guerra Alan KRAMER, *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Cambridge, Oxford University Press, 2007. También Annette BECKER, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, Charles INGRAO y Henry ROUSSO (eds.), *La violence de guerre 1914-1945*, Éditions Complexe, Paris, 2002, y Annette BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, 14-18. *Retrouver la Guerre*, Paris, Gallimard, 2000.

herramientas para la ejecución de sus planes de poder y de dominación violenta y represiva. Posiblemente, tales definiciones escondan en demasiadas ocasiones dinámicas internas, locales y comunitarias, de igual manera que es posible que los términos al uso, y sobre todo el de contrarrevolución, infravaloren el hecho de que, al decir del filósofo Joseph de Mainstre, contrario al proceso revolucionario francés de 1789, la contrarrevolución es más que una reacción, una revolución opuesta³⁰. Incluso puede ser cierto que las dinámicas de la revolución y la contrarrevolución, al decir de Arno Mayer, sean las que expliquen el arranque de las guerras civiles europeas. Eso, sin embargo, no significa por fuerza que sean las mismas dinámicas que expliquen la violencia en el contexto de esas guerras civiles.

Los guarismos de esas políticas de violencia, limpieza y depuración sirven, en primer lugar, para constatar las dificultades en diferenciar muertos y asesinatos, civiles ejecutados o muertos por las condiciones de guerra, como sucede en el caso italiano de 1943-45. Y en segundo, para apreciar cómo poder, identidad, política nacional e internacional y contexto propiciatorio aparecen como posibles factores explicativos de los índices de violencia contra los no combatientes. Las guerras civiles no son conflictos duales, sino «procesos complejos y ambiguos que fomentan la acción en común de actores locales y supralocales, civiles y ejércitos, cuya alianza da lugar a violencias de muy diverso tipo». Así, se trata de procesos definidos por dos dimensiones, fragmentación y soberanía, en los que el control, la adhesión popular, la colaboración o la disuasión de la colaboración con el enemigo son capitales³¹. Y en ellos, la violencia es mayor en zonas de soberanía fragmentada y disputada. Evidentemente, la existencia de violencias cruzadas, aunque puedan entenderse como beligerancias contrarias, no es el único elemento que explica la existencia de una guerra intestina. De igual modo, los golpes de Estado no pueden ser considerados *per se* guerras civiles, en la medida que la defensa de los opositores perseguidos, como señala Ranzato, no puede confundirse con una guerra³². Véase si no el caso de Irlanda, sintomático desde el momento que el término guerra civil aplicado a los procesos armados irlandeses supone un polémico compromiso entre dos identidades contrapuestas (precisamente, las implicadas en esos

³⁰ Cit. por Stanley G. PAYNE, *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Madrid, Temas de Hoy, 2011, p. 49. Ver Arno J. MAYER, *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton University Press, 2001,

³¹ Como recuerda Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *Las guerras civiles. Perspectiva de análisis desde las ciencias sociales*, Madrid, Catarata, 2013, p. 138.

³² Gabriele RANZATO, «Un evento antico e un nuovo oggetto di riflessione», en Id. (ed.), *op. cit.*, p. XXXVII.

conflictos) y que entre levantamientos, conflictos internos, guerras propiamente dichas como la de 1922, conflictos intracomunitarios y terrorismos cruzados llevaría casi un siglo pasando de forma abierta a latente. Evidentemente, los tres conceptos (guerra civil, abierta, latente) no son sino convencionalismos conceptuales. Pero evidencian, en sí mismos, la fortaleza de la identificación como guerra civil de los procesos de violencias cruzadas desarrolladas en conflictos multifactoriales (comunidad nacional y nacionalismo unido o dividido, religión, existencia de un actor reconocido como de ocupación) y multidireccionales (actores y comunidades diferentes en hasta tres territorios políticamente diferenciados), así como varias características que explican, en perspectiva comparada, el uso de tal definición: la implicación de población no combatiente, la búsqueda de apoyos civiles, la instrumentación del relato histórico o la preponderancia de identificaciones hipostásicas entre los grupos identitarios combatientes o sostenedores y categorías cerradas y totales como las de pueblo, nación o comunidad³³.

El número de víctimas del conflicto intestino irlandés de 1922 no es, en todo caso, excesivamente elevado, desde luego si lo comparamos con otros mecanismos de violencia interna en la Europa de antes de la Segunda Guerra Mundial. En todo caso, es menor el número de bajas por una guerra abierta que por la guerra sectaria larvada, como se denomina al proceso reactivado por el IRA desde 1966. Así pues, del caso húngaro primero y del irlandés después, pese a ser sustancialmente diferentes, podría decantarse, como para España, que son más los procesos de golpe de Estado y de toma armada y violenta del poder o las guerras sucias, de fuerte impacto dentro del terreno de lo local y lo comunitario, los que propician el desarrollo de políticas de violencia extrema. Incluso más todavía que las guerras civiles *stricto sensu*. Ahora bien: ¿existe realmente ese sentido estricto de la palabra? Criterios clásicos como la presencia activa de gobiernos nacionales no se dan en todos los casos, que muchas veces son también guerras internacionales y en las cuales no siempre se da una resistencia efectiva y real por las dos partes³⁴. En no pocas ocasiones, la situación italiana de 1922 o la alemana de

³³ He tratado estas cuestiones en mi reciente Javier RODRIGO, *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013, aunque para la España en guerra lo mejor es leer a Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, «Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish civil war», en Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.) *The splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 45-67, e Id., *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006

³⁴ Criterios del clásico trabajo de David J. SINGER y Melvin SMALL, *Resort to Arms: International and Civil War 1816-1980*, Beverley Hills, CA, 1982, p. 210. Ver también David ARMITAGE, *Civil*

1933 han sido descritas como de guerra civil, en la medida en que el ascenso de los fascismos sirvió, como en Hungría, para aplastar salvajemente a los partidos revolucionarios³⁵.

En España, paradigma de las guerras civiles europeas del Novecientos, la era de los desplazamientos y las violencias masivas se saldó con una enorme pérdida poblacional, entre bajas en los frentes, asesinatos en las retaguardias y pérdidas humanas derivadas del exilio militar y civil republicano. La española fue una guerra — aspecto bajo cuyo prisma no se ha interpretado aún— también de desplazamientos forzosos, homogeneización y reducción de las minorías político-identitarias. También fue una guerra paradigmática en sus porcentajes de combatientes y no combatientes cuyas muertes son directamente atribuibles al estado de guerra. Aunque ciertamente, la cuestión de las escalas es siempre compleja. Un número de personas correspondiente a 1/6 del total de víctimas civiles estimadas para toda la Guerra Civil española, 25.000, murió en tan solo dos días (13 y 14 de febrero de 1945) durante la Segunda Guerra Mundial, en el transcurso de los bombardeos aliados sobre Dresde. Una escala todavía mayor, algo más de 1/3 (40.000) murieron solamente en la ciudad de Hamburgo bajo las bombas de la RAF y la US Air Force³⁶. Pero aquí la cuestión central no es la del total de víctimas. La guerra española forma parte de un proceso en el que la historiografía sobre la (generalmente, mal) denominada Segunda guerra de los Treinta Años o guerra civil europea ha puesto, eminentemente, la mirada sobre las dos guerras mundiales, pero cuyos jalones también están hechos de las diferentes guerras civiles o procesos de confrontación paramilitar europeas de los años Veinte, Treinta y Cuarenta. En la Primera Guerra mundial, la proporción de muertes de no combatientes respecto a las de combatientes se sitúa entre una sexta y una tercera parte, variando notablemente según los autores. La proporción durante la Segunda Guerra mundial, el conflicto bélico contra la población civil por naturaleza, se sitúa en los dos tercios de las muertes atribuibles a la guerra³⁷. Durante la Guerra Civil española la proporción total entre víctimas mortales no combatientes y combatientes se podría situar en torno a algo más de la mitad, pero en 1936 la desproporción es gigantesca, venciéndose hacia el lado de la muerte de los no combatientes.

War: A History in Ideas, Nueva York, Knopf, en prensa.

³⁵ Nikolaus WACHSMANN, «The policy of exclusion: repression in the Nazi State, 1933-1939», en Jane CAPLAN (ed.), *Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, pp. 122-145.

³⁶ Paul ADDISON y Jeremy A. CRANG (eds.), *Firestorm: The Bombing of Dresden*, Londres, Pilmico, 2006.

³⁷ Sigo aquí a Alan KRAMER, *op. cit.*, p. 334.

Siendo la más larga de las guerras civiles convencionales que constituyen su marco comparativo, fue también la más cruenta en términos relativos. Ninguna otra se acerca a los estándares asesinos de población no combatiente que se dieron en España en 1936, cercanos al 3% en la zona *roja* y por encima del 5% en la *azul*³⁸. La violencia contra los civiles no fue pues, al igual que en el contexto de otras guerras internas y sus lógicas, un incidente, un añadido a la guerra, sino que constituye la materia de su naturaleza misma. De hecho, los civiles fueron los más, y muchas veces los primeros, en morir en 1936, y los no combatientes formaron parte desde el inicio del entramado de vigilancia, persecución y eliminación del adversario³⁹. Las cifras de la violencia de los rebeldes alcanzarían un mínimo de 100-130.000 muertes entre violencia inmediata de limpieza política y ocupación territorial, violencia judicialmente reglada, ataques a la población civil (entre ellos, los bombardeos de ciudades) o asesinatos extrajudiciales en marcos penitenciarios o para-penitenciarios —cárceles, campos de concentración y de trabajos forzados. De esas muertes, unas 52.800 tuvieron lugar en los primeros meses tras el golpe de Estado. Muchas, antes incluso de la erección de Franco a la Jefatura del Estado y a su condición de Generalísimo, lo que cuestiona cuanto menos la adjetivación de franquista tan usada para hablar de esa violencia. Mientras, las víctimas de la fragmentaria revolución en la retaguardia donde no triunfó el golpe de Estado (en la que la violencia formaba parte consustancial a la toma del poder y su utilización) ascendieron en los primeros meses de contienda a unas 38.000, del total aproximado de 55.000 muertos para toda la guerra. Así pues, de unas 185.000 víctimas aceptadas por la historiografía para 1936-1948, año en que finalizó el Estado de guerra decretado por los vencedores, unas 90.000 fueron asesinadas en 1936. O por ponerlo de otra manera: de los asesinatos ocurridos durante los aproximadamente 24 semestres que duró el Estado de guerra, la gran mayoría tuvo lugar en uno. El primero.

³⁸ Según el cálculo de José Luis LEDESMA, «Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936», en Javier RODRIGO (coord.), *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-39*, dossier de *Ayer*, n. 76, 2009, pp. 83-114.

³⁹ Véanse, entre otros, Francisco SEVILLANO, *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2005 y Glicerio SÁNCHEZ RECIO, *Justicia y guerra en España. Los Tribunales Populares (1936-1939)*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1991. Pedro Barruso, en su estudio para la provincia de Guipúzcoa, señala que al menos el 42% de los expedientes incoados ante la justicia militar tuvieron por origen la denuncia de un civil. Vid. Pedro BARRUSO, *Verano y revolución. La Guerra Civil en Guipúzcoa*, San Sebastián, Luis Haramburu, 1996, e Id., *Violencia política y represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el primer franquismo*, San Sebastián, Hiria Liburuak, 2005. Sobre las líneas de continuidad en el empleo de la violencia, Javier UGARTE, *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. He analizado con detenimiento estos procesos en Javier RODRIGO, *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008.

Las violencias, los asesinatos y homicidios por causas identificables como las que estaban en liza en guerras como la finlandesa o la irlandesa se acumularon al final de las mismas. Al margen de las muchas realidades complejas que tuvieran lugar en el terreno, la lógica macrointerpretativa que habla de ajusticiamientos por procesos adscritos a la justicia militar parece no desencajar en ellas: la violencia la ejercen los vencedores como castigo a los vencidos. En España, sin embargo, la violencia asesina se acumuló en 1936, antes incluso de que pueda hablarse de una guerra civil. Si no señalado de antemano, sí que puede considerarse que se conocía bien quién era el enemigo, a quién asesinar en cada localidad. La violencia rebelde fue, a la vez, masiva y selectiva. Masiva en cantidad. Selectiva en naturaleza. Un caso paradigmático de terror relacional, cuyo espejo estaría en la otra retaguardia, donde el no triunfo del golpe, muertos sus integrantes y transferido a partidos y sindicatos armados el control del orden público, tendría como resultado una violencia sacrofóbica que alcanzó a 6.800 víctimas entre clero regular y secular y que, como en general toda la violencia revolucionaria, se concentró en las primeras semanas del conflicto⁴⁰. Guerra de religión, guerra de clases, guerra nacional, guerra revolucionaria, guerra por el poder: el porcentaje de muertos sobre los totales de población en la España revolucionaria se acercan al 3%, pero en Madrid se duplican, hasta el 6,8%, lo cual quiere decir que en Madrid se asesinó, aproximadamente, a una de cada 147 personas⁴¹.

Desde agosto de 1936 la justicia revolucionaria se tramitaría en tribunales populares. Pero seguiría existiendo violencia extrajudicial, incluidas las sacas de Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz en noviembre de 1936. Las ejecuciones de penas sumarísimas no se suspenderían en la zona republicana hasta mediados de agosto

⁴⁰ José Luis LEDESMA, «*Delenda est ecclesia*. De la violencia anticlerical y la guerra civil de 1936», *Working Paper* del Seminario de Historia del Departamento de Historia del Pensamiento y los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid y Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2009. Id., «Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana», en Id., et al., *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 240. Mary VINCENT, «La Guerra Civil española como guerra de religión», en *Alcores*, n. 4, 2007, pp. 57-73. También Helen GRAHAM, *The Spanish Republic at war, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 86 y ss. Gabriele RANZATO, «La Guerra civile spagnola nella storia contemporanea della violenza», en Id. (ed.), *op. cit.*, pp. 269-30. En Tarragona, 28 de las 50 víctimas mortales de los primeros 14 días (del 23 de julio al 4 de agosto) en que se registraron asesinatos eran capellanes y religiosos. Jordi PIQUÉ, *La crisi de la rereguarda. Revolució i Guerra Civil a Tarragona (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998, p. 135.

⁴¹ En Cataluña se sitúa precisamente en ese porcentaje medio, un 2,9%, pero localidades como Cervera vieron unos porcentajes de violencia asesina superiores al 20%. En una localidad como Sant Vicenç de Montalt llegaría al 45%. Vid. José Luis MARTÍN RAMOS, *La rereguarda en guerra. Catalunya, 1936-1937*, Barcelona, L'Avenç, 2012, p. 107. Josep M. SOLÉ i SABATÉ, *La repressió franquista a Catalunya, 1938-1953*, Barcelona, Edicions 62, 1985. Para Madrid, Julius RUIZ, *El Terror Rojo. Madrid, 1936*, Barcelona, Espasa, 2012.

de 1938, dos años después de la flamígera revolución. En la sublevada no se detendrían nunca, pese a canalizarse a través de tribunales militares. Las ocupaciones territoriales, en el marco de una guerra total como la española, se acompañarían en mayor o menor grado de esa violencia inmediata y en caliente en los tres años posteriores de guerra. En España siguió habiendo asesinatos extrajudiciales, pero en menor medida y generalmente en las zonas conquistadas por las tropas franquistas entre 1937 y 1939. De la eficacia de la violencia, tanto de la del 36 como de la posterior, habla precisamente la práctica inexistencia de guerra irregular partisana en las retaguardias. Sin embargo, el modelo de violencia homicida de 1936 había dejado de ser el único posible, yuxtaponiéndosele una lógica de represión, recuperación y reutilización.

La guerra española es paradigmática por muchos motivos: porcentajes, naturalezas y tempos de la violencia contra los no combatientes, entre otros. Sin embargo, y como se decía al inicio, la noción de guerra civil ha conquistado terrenos y procesos hasta hace no demasiado inexplorados desde tales latitudes. Incluso cuando no ha habido combates abiertos, ha habido historiadores que han considerado la existencia de guerras civiles larvadas para comprender los contextos de ascenso de fenómenos como el fascismo europeo. Pero, sobre todo, se ha convertido en una herramienta analítica al uso cuando se deben explicar los complejos conflictos a la vez internos y propiciados por una invasión externa durante el tiempo paradigmático de las, si las aceptamos como tales, guerras civiles: la Segunda Guerra mundial. No sin problemas pues, como señalara Claudio Pavone, en los casos de fractura estatal a causa de un empuje externo, el concepto mismo de guerra civil pierde precisión y se entremezcla con los de liberación nacional y colaboración⁴².

Los conflictos internos en los Balcanes y la que se conoce como la primera etapa de la guerra civil griega encajan en ese modelo de análisis. La ocupación del Eje (1941-1944) supuso una transformación profunda de Grecia, poniendo a su vez la semilla de su Guerra Civil, con un Partido Comunista capaz de llevar a cabo uno de los movimientos de resistencia más fuertes de la Europa ocupada y, a su vez, capaz de encabezar desde 1943 un conflicto intestino contra las organizaciones de derecha y contra las milicias colaboracionistas⁴³. El poder del EAM-ELAS habría de confrontarse

⁴² Claudio PAVONE, «La seconda guerra mondiale: una guerra civile europea?», en Gabriele RANZATO (ed.), *op. cit.*, p. 123.

⁴³ Mark MAZOWER, *Inside Hitler's Greece. The Experience of Occupation, 1941-1944*, Yale, Yale University Press, 1994. Stathis N. KALYVAS, «Red Terror: Leftist Violence During the Occupation», en Mark MAZOWER (ed.), *After the War was Over: Reconstructing Family, State, and Nation in*

en 1944 con un gobierno respaldado por el Reino Unido y, fracasado el levantamiento de Atenas, éste llevaría a cabo una campaña contrarrevolucionaria y desmovilizadora a partir de partidas paramilitares, que ejecutaron arrestos masivos, hasta 50.000, de miembros de las milicias comunistas. Entre febrero de 1945 y febrero de 1946, de acuerdo con las fuentes del EAM, fueron asesinadas 1.192 personas⁴⁴.

Guerras y posguerras superpuestas.

Semejante prólogo abriría el terreno para la confrontación armada abierta entre 1947 y 1949, la última guerra civil europea hasta la descomposición en los Noventa de un estado plurinacional yugoslavo nacido también de los escombros de una guerra intestina multidireccional favorecida por la ocupación del Eje y por la imposición de estados fascistas, como el croata de Pavelic, u ocupados y colaboracionistas, como la Serbia de Nedić. La presencia de factores militares, políticos, nacionales, étnico-lingüísticos y religiosos en un conflicto a múltiples bandas (Serbia, el NDH, Alemania, Italia, los partisanos de Tito, los chetniks de Mihailovic) implicó para el territorio del antiguo Reino de Yugoslavia la puesta en práctica de asesinatos, deportaciones y limpiezas entre estados, entre estados y milicias o entre las milicias hasta alcanzar unos guarismos cercanos, según Biondich, al millón de personas. Sobre todo, a manos de los ustaše croatas⁴⁵. El asesinato de casi 600.000 serbios, musulmanes o judíos a manos de los ustaše de Ante Pavelic en Croacia son un paradigma en el análisis de la violencia homogeneizadora y eliminacionista. La consideración del 1941-45 balcánico como una guerra civil implica, sin embargo, minusvalorar el que es el factor central desencadenante de esas políticas de violencia: la ocupación fascista⁴⁶.

De las dos posibilidades (entropía o radicalización) planteadas por Paxton para la quinta etapa del fascismo, la de su larga duración, las guerras clausuraron una y

Greece, 1944-1960, Princeton, Princeton University Press, 2000, pp. 142-183.

⁴⁴ Polymeris VOGLIS, «Political Prisoners in the Greek Civil War, 1945-50: Greece in Comparative Perspective», en *Journal of Contemporary History*, 37 (4), 2002, pp. 523-540.

⁴⁵ Mark BIONDICH, *The Balkans: Revolution, War, and Political Violence since 1878*, Oxford, Oxford University Press, 2011, Id., «Religion and Nation in Wartime Croatia: reflections on the Ustaša Policy of Forced Religious Conversions, 1941-1942», en *The Slavonic and East European Review*, vol. 83, n. 1, 2005, pp. 71-116; Id., «Radical Catholicism and Fascism in Croatia, 1918-1945», en *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, 2007, pp. 383-399. De gran interés es el artículo de Alexander KORB, «Understanding Ustaša violence», en *Journal of Genocide Research*, n. 12 (1-2), 2010, pp. 1-18. Ver también Srdja TRIFKOVIC, *Ustaša. Croatian Fascism and European Politics, 1929-1945*, Chicago, The Lord Byron Foundation for Balkan Studies, 2011.

⁴⁶ Jozo TOMASEVICH, *War and Revolution in Yugoslavia, 1941-1945: Occupation and Collaboration*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

dejaron como posible solamente la otra⁴⁷. En ese sentido se comprenden las prácticas de homogeneización racial y política en el Espacio del Este alemán. Con su expansión a lomos de las ocupaciones territoriales durante la guerra mundial, los fascismos alcanzarían su punto máximo de perfección, y de confluencia entre proyecto y praxis, gracias al marco propiciatorio de la guerra total, de exterminio, de ocupación e invasión, racial y de reubicación social. El fascismo eliminacionista tiñó la Europa de Entreguerras del color espeso y ocre de la violencia⁴⁸. Pero sin el contexto bélico, el proyecto de llevar a cabo la jerarquización racial de Europa sería impensable. Un proyecto que, además, reafirma la porosidad de los procesos y políticas de violencia masiva. Vista demasiadas veces como un proceso con dos actores, Alemania y los judíos, la supuesta relación dual del Holocausto tuvo, sin embargo, lugar en fundamentalmente en Polonia. La política de violencia alemana se extendió sobre muchos estratos de las sociedades ocupadas, por motivos políticos y bélicos, como los partisanos eliminados bajo el programa *Noche y Niebla*, o por motivos raciales, como los gitanos. Y cuando hubo campos de exterminio los gaseados fueron judíos que lo eran tanto cuanto húngaros, polacos, bielorrusos, estonios o franceses. O que eran todo eso, y además comunistas, o rusos, o soviéticos⁴⁹. No siempre se tiene suficientemente en cuenta, además, que cientos de miles de víctimas fueron asesinadas en sus lugares de residencia.

Observar las violencias genocidas nacionalsocialistas como el resultado, al menos parcialmente, de conflictos internos proporciona una perspectiva diferente desde

⁴⁷ Robert PAXTON, «The five stages of Fascism», en *Journal of Modern History*, n. 70, 1998, también en *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005, pp. 175-201.

⁴⁸ Aristotle KALLIS, *Genocide and Fascism: The Eliminationist Drive in Fascist Europe*, Londres, Routledge, 2005.

⁴⁹ Sobre las prácticas de exterminio corriente y la barbarización de la guerra, Omer BARTOV, *The Eastern Front, 1941-1945, German troops and the Barbarisation of Warfare*, Nueva York, Palgrave, 2001 [1985], e Id. (ed.), *The Holocaust. Origins, implementation, aftermath*, Londres y Nueva York, Routledge, 2008 [2000]. Es fundamental Götz ALY, «“Jewish Resettlement”. Reflections on the Political Prehistory of the Holocaust», en Ulrich HERBERT (ed.), *National Socialist extermination policies. Contemporary German Perspectives and Controversies*, Oxford y Nueva York, Berghahn Books, 2004, pp. 53-82. En este libro, de hecho, encontramos una detallada sistematización de estudios: sobre Polonia (Dieter Pohl), Ucrania (Thomas Sandkühler), Francia (Ulrich Herbert), Serbia (Walter Manoschek), Bielorrusia (Christian Gerlach), Lituania (Christoph Dieckmann) o Silesia (Sybille Steinbacher), entre otros. Sobre los *Einsatzgruppen*, vid. entre otros Jan T. GROSS, *Vécinis. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2002, y Christopher R. BROWNING, *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Europa*, Edhasa, Barcelona, 2002 [1992]. Sobre Wannsee y los campos de exterminio, de la inmensa literatura destacaría el clásico de Raul HILBERG, *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005 (1961), Mark ROSEMAN, «Shoot First and Questions Afterwards? Wannsee and the Unfolding of the Final Solution», en Neig GREGOR (ed.), *op. cit.*, pp. 131-146, o Götz ALY y Susanne HEIM, *Architects of annihilation: Auschwitz and the logic of destruction*, Princeton, Princeton University Press, 2002.

la que abordar sus lógicas. La Solución Final no puede entenderse solamente desde el punto de llegada, Auschwitz, sino que es necesario acercarse al de partida: a Alemania, a Polonia, a Lituania, a los guetos de Varsovia y Lodz, a Ucrania o a Bielorrusia. Los campos de exterminio, la maquinaria de muerte cuyos engranajes se terminaron de engrasar en la conferencia de Wannsee, nacieron de un complejo de pruebas y rectificaciones, agencias y competiciones, necesidades económicas, raciales, identitarias y políticas, pero también del deseo de encontrar un sistema de eliminación humana que superase el carácter artesanal de los *Einsatzgruppen*. El genocidio, en definitiva, aunó y dio coherencia científica, racial, económica, política y militar a los diferentes proyectos políticos e ideológicos (la represión política, el biologismo racial, el antisemitismo) del nacionalsocialismo, sirviendo la guerra de necesario y salvaje multiplicador exponencial. Existen, de hecho, fuertes vínculos entre el asesinato masivo más importante y conocido de la contemporaneidad, el Holocausto, y otros genocidios y muertes de masas del siglo XX. Una, no precisamente menor, es la de aproximadamente dos millones de prisioneros de guerra rusos de los tres millones apresados hasta febrero de 1942 (en cifras totales, sobrevivieron en torno a los 930.000 de los más de 5.700.000 apresados): el que, tras la Shoah, supone el mayor asesinato masivo de una categoría determinada de víctimas, los prisioneros de guerra rusos durante la Segunda Guerra mundial, por parte de unos perpetradores definidos, el ejército y las agencias de poder nacionalsocialistas.

Esa radicalización perfeccionadora que otorgó la guerra al fascismo alemán también la vivió el italiano. La violencia en la Italia de Mussolini no se limitó a los millones de acusaciones o a los cientos de miles de arrestos en tiempos de paz, sino que incluyó una variada gama de violencias de tipo político, colonial y racial⁵⁰. Sin embargo, en tiempo de guerra alcanzaron cuotas radicalmente superiores, mediante el internamiento militar, las políticas antieslavas en el territorio balcánico de ocupación militar, las deportaciones de judíos y las matanzas de civiles. Tras el armisticio de 1943, los índices de violencia se multiplicaron exponencialmente en Italia. De nuevo sin *casus belli* definido, la partición del país en dos zonas diferenciadas (ambas con ocupantes extranjeros), con dos gobiernos autorreconocidos como legítimos y, sobre todo, con un poderoso ejército partisano llevaría a la confrontación armada y violenta entre

⁵⁰ Angelo DEL BOCA, *Gli italiani in Libia. Dal fascismo a Gheddafi*, Roma-Bari, Laterza, 1988. Nicola LABANCA, «L'internamento coloniale italiano», en Costantino DI SANTE (ed.), *I campi di concentramento in Italia. Dall'internamento alla deportazione (1940-1945)*, Milán, Franco Angeli, 2001, pp. 40-67.

legitimidades. La RSI, con su regreso al sansepolcristo y su contexto de violencias multidireccionales supondría una suerte de palingénesis interna del proyecto fascista, desarrollada en el marco la guerra, primero mundial y luego, y a la vez, civil. Pese a ser posiblemente la más evidente de todas las europeas del final de la Segunda Guerra mundial, no es necesario recordar las dificultades y resistencias conceptuales y políticas que ha tenido entre los historiadores la revisión bajo el prisma de la guerra civil del contexto de la resistencia y la guerra de ocupación y partisana en la Italia de 1943-45. Ya se trata de una noción generalizada para analizar los enfrentamientos armados, las matanzas y las venganzas a tres y cuatro bandas (fascistas, antifascistas, alemanes, aliados), con una radical incidencia sobre la población civil⁵¹.

Pero esas mismas dificultades de caracterización se proyectan sobre todos los aspectos de esa guerra civil. Sin ir más lejos, el de la contabilidad de las víctimas. De las más de 187.000 víctimas aceptadas para el 43-45 por Claudio Pavone, 120.000 eran no combatientes. Las torturas, ejecuciones y deportaciones acabarían con la vida, se estima, de ente 10 y 15.000 personas en acciones de represalia y violencia fascista contra los partisanos y la población civil⁵². No es casualidad, en ese sentido, que bajo el clima de guerra interna, ocupación y radicalización fascista tuviese lugar un fenómeno como el de las deportaciones de judíos y partisanos a los campos de trabajo y de exterminio en el Este europeo⁵³. Las deportaciones no fueron, ni en Italia ni en ningún lugar de la Europa ocupada, un fenómeno exclusivamente unidireccional con dos sujetos. Fueron, también, procesos internos y, aún más, intracomunitarios, en términos de víctimas y victimarios. En Italia, pese a tratarse de un número cuantitativamente bajo

⁵¹ Lutz KLINKHAMMER, *Stragi naziste in Italia, 1943-1944*, Roma, Donzelli, 2006 [1997]. Paolo PEZZINO, *Anatomia di un massacro. Controversia sopra una strage nazista*, Bologna, Il Mulino, 2007 [1997]. Michele BATTINI y Paolo PEZZINO, *Guerra ai civili. Occupazione tedesca e politica del massacro. Toscana 1944*, Venecia, Marsilio, 1997. Gianluca FULVETTI y Francesca PELINI (eds.), *La politica del massacro. Per un atlante delle stragi naziste in Toscana*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2006. Luca BALDISSARA y Paolo PEZZINO, *Il massacro. Guerra ai civili a Monte Sole*, Bologna, Il Mulino, 2009. Mimmo FRANZINELLI, *Le stragi nascoste. L'armadio della vergogna: impunità e rimozione dei crimini di guerra nazifascisti 1943-2001*, Milán, Mondadori, 2002. La referencia central para los años 43-45 sigue siendo Claudio PAVONE, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

⁵² 7.322 según los datos de los Carabinieri. Con mi agradecimiento a Toni Rovatti por su actualización sobre estas estimaciones y sus fuentes. De especial valor son los resultados de la Commissione Storica Italo Tedesca, cuyos resultados pueden consultarse en <http://www.villavigoni.it/index.php?id=76&L=1>

⁵³ Desde septiembre de 1943 comenzaron los arrestos, las redadas y las deportaciones: a mediados de octubre, más de 1.000 judíos fueron arrestados en Roma y enviados a Auschwitz, destino también de la mayoría de los aproximadamente 6.800 deportados identificados (más otro millar de no identificados). Ver, entre otros, Anna Maria ORI, *Il Campo di Fossoli. Da campo di prigionia e deportazione a luogo di memoria*, Carpi, 2004. Ver también Ferruccio FOLKEL, *La risiera di San Sabba*, Milán, BUR, 2000. Giuseppe MAYDA, *Storia della Deportazione dall'Italia, 1943-1945*, Turín, Bollati Boringhieri, 2002. Marie-Anne MATARD-BONUCCI, *L'Italia fascista e la persecuzione degli ebrei*, Bologna, Il Mulino, 2008.

en comparación con los de otros países, tuvieron una importancia cualitativa poco discutible. Afectaron a una cuarta parte de la población hebrea en Italia: una proporción similar a la que la *Shoah* tuvo en Francia.

Como ha señalado Toni Rovatti, las auto-estimaciones sobre las ejecuciones capitales en Italia entre octubre de 1943 y abril de 1945 estarían en algo más de 1.400 por parte italiana, y unas 800 por parte alemana⁵⁴. Y pese a tratarse de una autorrepresentación, todo indica que las ejecuciones por sentencia judicial serían una minoría respecto a las extrajudiciales, como en todas las guerras civiles europeas. Para estas segundas, extrajudiciales, los victimarios serían, caso de poder proyectarse esa misma proporción, mayoritariamente las autoridades italianas, no las alemanas. Kalyvas señala muy acertadamente que la guerra puede «generar violencia que sea por completo independiente de las intenciones de los principales actores», entre otras cuestiones porque en una guerra civil se «rebaja el coste de la actividad violenta» con la destrucción de la sanción institucional⁵⁵. En una guerra civil, al ser menos marcadas las fronteras entre los contendientes dentro del mismo país, la posibilidad de que exista un enemigo interno es mayor que en un conflicto internacional⁵⁶. La obsesión por ese enemigo lleva a su persecución, su búsqueda y su eliminación a veces por encima incluso de las posibilidades reales de su acción, convirtiéndose su eliminación en un objetivo capital. Una característica central de la violencia interna es, de hecho, su empleo contra la quinta columna, que en España alcanzó cotas no logradas por ninguna otra guerra interna europea. Otra, no menos importante, es la de la superposición de la guerra regular e irregular. La proliferación de la resistencia armada, del *maquisard*, de la lucha partisana en la Europa ocupada por el Eje también produjo una cota de enfrentamiento violento cuyo poso repercutiría directamente en la inmediata posguerra. La guerra italiana no deja de ser, en definitiva, un conflicto interno donde por un lado existen unidades de un ejército regular y otro cercano a serlo, y por el otro partidas guerrilleras que, pese a ser numerosas, combatían en franca inferioridad. En ese contexto, las lógicas de las violencias adquieren dimensiones nacionales e internacionales, por supuesto, pero también locales y regionales. La lógica macro no explica los índices de violencia en Emilia Romagna, la región partera del fascismo italiano. Lo que los explica es la particular lógica regional madurada durante más de

⁵⁴ Toni ROVATTI, *Leoni vegetariani. La violenza fascista durante la Rsi*, Bolonia, Clueb, 2011, haciendo referencia a la documentación interna (y por tanto, abiertamente deformante) de la RSI.

⁵⁵ Stathis N. KALYVAS, *The logic*, cit., pp. 44 y 90 (cito edición española).

⁵⁶ Stanley G. PAYNE, *op. cit.*, p. 26.

veinte años de régimen fascista: el tiempo para pasar de joven a adulto, o de hijo de represaliado por el *squadrismo* a joven partisano combatiente contra la RSI.

El final de todos esos conflictos internos no estaría marcado por ningún documento. Tampoco el inicio, pese a que los diferentes armisticios nacionales puedan servir como marco de referencia. Pero de hecho, los diferentes armisticios que ponían fin a la causa principal de las políticas de violencia eliminacionista, el fascismo, no detuvieron sin más las praxis de venganzas, saqueos, expulsiones y asesinatos. Es más: estos últimos demostraron cómo la guerra mundial albergaba en su interior guerras nacionales de diferentes ritmos y lógicas, que a su vez fueron el marco para violencias provistas de lógicas propias. Las luchas internas en las diferentes posguerras nacionales estarían ya prefiguradas por la división entre resistentes y colaboradores, entre antifascistas y fascistas-colaboracionistas. El clima *de facto* de guerra civil y la superposición de guerras dentro de la guerra (nacional, civil, de clase) que acompañó tanto al transcurso como al final de la Segunda Guerra mundial en Europa —donde se hicieron patentes las fracturas en Francia entre el FTP y los gaullistas, o entre los partisanos comunistas italianos y la resistencia moderada (y católica), entre otros— fue, así, una característica clave no solamente para comprender la complejidad y multiplicidad de sus memorias.

Como conflictos internos cabe analizar, de hecho, los procesos depurativos y desfascistizadores fundamentalmente de Francia e Italia, por un lado, y de Yugoslavia por otro, al margen de las políticas oficiales en la Europa ocupada por el Ejército Rojo. La combinación entre guerra total, guerra nacional, guerra de política/de clase y guerra de religión explica, o contribuye a explicar, la naturaleza *sucia* de todos ellos: centrados en poblaciones no combatientes, con uso de técnicas y tácticas de violencia a despecho de los derechos individuales y por razones supraindividuales. Esa estratificación fue, en un terreno más práctico, causa *per se* de violencias⁵⁷. Y su ausencia, causa explicativa de la menor violencia interna. En un país como Austria, cuya población difícilmente podía mostrarse en 1945 como una víctima más de la ocupación alemana, tan sólo fueron ejecutadas 30 sentencias de muerte por crímenes de guerra: una cifra muy pequeña, sobre todo si la comparamos con el número de personas investigadas por tales crímenes, 130.000. En Holanda o en Bélgica, unas 100 y algo menos de 300 personas fueron víctimas mortales de represalias, linchamiento o ejecuciones. La limpieza

⁵⁷ Keith LOWE, *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, pp. 318-319.

política violenta dejó unas 10.000 víctimas en Italia y 9.000 en Francia⁵⁸. Y semejantes diferencias no pueden atribuirse al oportunismo, la sed de sangre o las peores condiciones para la reconciliación, sino más bien al complejo entramado político, cultural y de poder en un contexto donde, a diferencia de Holanda, Bélgica o Austria, con las depuraciones no se dirimían también las responsabilidades en una guerra civil. La depuración de la colaboración antes y tras el armisticio francés situaría en el centro de la vida política a actores que, como los Franc-tireurs et Partisans, habían prometido vengar los crímenes cometidos por el enemigo y sus policías contra los “patriotas”. Más que a los ocupantes, la justicia de la liberación persiguió a los compatriotas, acusados de elaborar listas y de o bien participar activamente, o bien aprovecharse de la violencia contra los civiles durante la guerra. Esa limpieza era parte central de la toma del poder, al igual que en la España de 1936, y también como en España se concentró en un período muy concreto de tiempo, no siempre con la aquiescencia gubernamental, combinando la inicial violencia directa con la posterior, y muy rebajada, represión judicial (que dictó unas 6.700 sentencias de muerte, de las que se ejecutaron 791), y sobre un sujeto colectivo radicalmente identificado.

Esas estratificaciones complejas se vieron agravadas por la derrota del sujeto considerado detentor de la soberanía nacional. Por ese motivo, las resistencias en Italia y Francia fueron rápidamente tildadas de patrióticas y nacionales frente a la no connacionalidad del enemigo interno, aunque tal cosa sea abiertamente falsa para el caso italiano. Como ha documentado recientemente Giles MacDonogh en Alemania, soberanía, país y población derrotada y destrozada, murieron más de tres millones de personas a resultas de las políticas de ocupación⁵⁹. Los expolios, el internamiento en campos, la expulsión fueron los mecanismos propios de una desnazificación que tuvo en los civiles el objeto central. Era el castigo por el beneficio previo que los alemanes habían obtenido de la ocupación de Europa. Si es cierto cuanto señalaba Götz Aly, que no es que Hitler comprase a los alemanes sino que los alemanes, así como las administraciones nacionales de los países ocupados por Alemania, fueron los principales beneficiarios de las políticas de ocupación, rapiña, arización de la economía (es decir,

⁵⁸ Mirco DONDI, *La lunga liberazione. Giustizia e violenza nel dopoguerra italiano*, Roma, Editori riuniti, 2004 [1999]. Herbert LOTTMAN, *The Purge: The Purification of the French Collaborators After World War II*, New York, W. Morrow, 1986. Hans WOLLER, *I conti con il fascismo. L'epurazione in Italia 1945-1948*, Bologna, Il Mulino, 1996. G. OLIVA, *La resa dei conti: aprile-maggio 1945: foibe, piazzale Loreto e giustizia*, Milano, Mondadori, 1999.

⁵⁹ Giles MACDONOUGH, *After the Reich. From the Liberation of Vienna to the Berlin Airlift*, Londres, John Murray, 2007.

liquidación de las propiedades judías), expulsión y eliminación de las minorías raciales y de la construcción de una Europa jerarquizada racialmente, los ocupantes le harían pagar a esos mismos beneficiarios su implicación en esa especie de estado del bienestar, «Estado del pueblo», Socialismo Nacional. Los alemanes fueron, «inmediata y suntuosamente», los beneficiarios económicos de las campañas de pillaje, «pequeños aprovechados y ventajistas» de la ocupación de Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Serbia, Hungría, Chequia, Eslovaquia, Bulgaria, Rumanía, Grecia, y también y sobre todo, en el espacio “complementario” del Este. Como concluye Aly, «sobre la base de esta doble discriminación, de raza y de clase, la gran masa de los alemanes disfrutó (...) de una buena situación. Ignoraron durante mucho tiempo el reverso criminal de su bienestar (...) [y] disfrutaron durante la guerra de más dinero que en los últimos años de paz». Los aliados castigaron la rapacidad estatal alemana con la explotación de la población civil⁶⁰.

Tal clima de depuración y limpieza generó los índices de detención política más altos y generalizados jamás vistos en Europa. Las diferencias fueron sustanciales, sobre todo si consideramos que la aplicación de amnistías varió notablemente de un país a otro, desde la más temprana de Italia en junio de 1946 hasta las más tardías de Francia y Bélgica, de 1948. En Noruega fueron procesadas y encarceladas 55.000 personas del Nasjonal Samling, aunque tan solo se ejecutasen 25 penas de muerte; en Holanda fueron investigadas 200.000 personas, y fueron ejecutadas 40 personas; los 29.000 encarcelados en Francia en 1946, parte de los 300.000 juzgados por delitos políticos, lo eran mayoritariamente por colaboracionismo con el fascismo⁶¹. Las cifras de las detenciones en Italia fueron todavía mayores. En España, se calculan en un mínimo de 180.000 personas. El mantenimiento oficial del Estado de guerra hasta bien entrado 1948 fue el marco que auspició la puesta en funcionamiento de políticas (juicios, arrestos, encarcelamientos, sometimientos a trabajos forzosos y, por supuesto, fusilamientos) específicamente represivas. Las cifras de muertes en la posguerra española, que rondarían las 20.000 aunque hasta hace no demasiado se hablase de unas 50.000, no han pasado del terreno de las estimaciones pero serían, en todo caso, menores a las de la violencia revolucionaria en su conjunto⁶².

⁶⁰ Götz ALY, *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2006 [2005], pp. 365-366 y 330-331.

⁶¹ Mark MAZOWER, *La Europa...*, cit., p. 260.

⁶² Las 50.000, en Julián CASANOVA, «Una dictadura de cuarenta años», en Id. (coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 8. Las 20.000, en Paul

Es significativo, en todo caso, que la estimación haya podido reducirse a menos de la mitad en tan solo diez años de investigaciones. Ello es debido, fundamentalmente, a la enorme dificultad para establecer criterios históricos, no meramente cronológicos, que distingan las violencias de guerra y de paz. Primero, por ese mantenimiento del Estado de guerra, que dificulta enormemente establecer la frontera de una posguerra en sentido histórico. Y segundo, por la superposición de modelos de violencia que tuvo lugar en la España posterior a abril de 1939. Con la victoria de abril de 1939 no llegó, de hecho, la paz a España, sino que inició la pacificación de *todo* el territorio. Los Tribunales Militares, los de Responsabilidades Políticas (desde 1939), los relacionados con la Causa General (1940), los de Represión de la Masonería y el Comunismo (1940), la Ley sobre Seguridad Interior del Estado (1941) o la de represión del Bandidaje y Terrorismo (1947) establecieron el contexto legal de un enorme entramado represivo. Miles de fusilados, una centena larga de campos de concentración, multitud de prisioneros y presos empleados en trabajos forzados (en Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores Penados, la famosa “mili de Franco”; en Destacamentos Penales; en Colonias Penitenciarias Militarizadas), miles de funcionarios depurados: violencia y dictadura sellaron un sólido matrimonio de cuarenta años, donde los anillos fueron de sangre.

La violencia de guerra, proyectada al tiempo inmediatamente posterior, perseguía un efecto expulsor y homogeneizador. No solo tuvo un carácter vengativo, aunque victorias militares como la de Tito en Yugoslavia llevase, desde abril de 1945, a la muerte de (se estima) 60.000 colaboracionistas y miembros de las milicias serbias, croatas y eslovenas derrotadas. Al contrario que en Francia o en Italia, el colaboracionismo con la ocupación fascista no solo se atribuyó a grupos o individuos, sino a colectivos nacionales completos. Tales asesinatos hay que observarlos pues en una perspectiva general. La desaparición *de facto* del problema de las minorías tuvo lugar en un contexto propiciatorio de extrema violencia interna. Polonia es un caso paradigmático, en la medida en que vio reducida su complejidad nacional a un estado de práctica homogeneidad, con la desaparición total o parcial dentro de sus fronteras de alemanes (del 2,3 al 1,4% de la población), ucranianos (del 13,8 al 0,7%) o bielorrusos (del 5,3 al 0,6%)⁶³. Pero no sería ni mucho menos el único: además de la expulsión y

PRESTON, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, 2011, p. 17.

⁶³ Mark MAZOWER, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Londres, Allen Lane, 1998, p. 463.

reasentamiento de los alemanes de Europa del Este, entre 12 y 13 millones de personas, otros casos significativos pasarían por la expulsión de húngaros de Checoslovaquia, 90.000, o de eslovacos de Hungría, 73.000⁶⁴. La mayor de todas ellas sería, en todo caso, la de los ucranianos de Polonia, cerca del medio millón, a la que seguiría el reasentamiento de 150.000 personas más⁶⁵. Tal vez sea cierto que, con el estallido de la guerra a gran escala, las medidas a las que recurrió Stalin, quien opinaba que la toma del poder bolchevique en 1917 era de hecho una forma de guerra civil, echaban sus raíces en la experiencia de la Guerra Civil rusa, la deskulakización y la incorporación forzosa de territorios a la URSS. Unos cinco millones de alemanes habían huido ya ante la llegada del Ejército Rojo a las regiones orientales en 1944-45, pero la instauración de regímenes comunistas en Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Polonia y Hungría empujaría al desplazamiento de siete millones más. La expulsión de los alemanes al este de la línea Oder-Neisse-Trieste, el resasentamiento nacional y de clase habría, en todo caso, dado pie a conflictos internos de orden nacional, étnico, político y económico en los países ocupados en su frontera occidental por el Ejército Rojo⁶⁶. Y, evidentemente, esos mecanismos de ocupación se sirvieron de dinámicas políticas internas, que además entroncaban con una ya larga tradición, desde 1917 pasando por procesos como la guerra española, de luchas intestinas entre revolución y contrarrevolución, primero, y entre el fascismo y el antifascismo, después. Como resumiera con su prodigiosa capacidad de síntesis Tony Judt, mientras que al final de la Gran Guerra se reinventaron y ajustaron las fronteras peor no se movió a la gente, después de 1945 «las fronteras se mantuvieron esencialmente intactas y fue a la gente a la que se la cambió de lugar»⁶⁷.

Con esos mimbres, Mazower evidencia dos lógicas depurativas diferentes: para el Oeste, la investigación judicial de fechorías individuales, proceso derivado de la imagen negativa de la violencia en caliente. Para el Este, la atribución de la culpa colectiva derivada de la condición étnica y de la posición socioeconómica que derivaría en deportaciones, expropiaciones como las de los colaboracionistas rumanos o húngaros. Tal distinción se basa sobre todo en macroproyectos de construcción de la

⁶⁴ Tony JUDT, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Nueva York, Penguin Press, 2005.

⁶⁵ Mark MAZOWER, *Dark Continent*, cit., p. 265 (cito ed. Española). Lo mismo podría decirse de las denominadas guerras civiles en las fronteras occidentales de la Unión Soviética entre 1941 y 1947, posiblemente estertores aún de la confrontación extremadamente violenta entre fascismo-colaboracionismo y comunismo. Alfred J. RIEBER, «Civil Wars in the Soviet Union», en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, n. 4 (1), 2003, pp. 129-162.

⁶⁶ Marina CATTARUZZA, «‘Last stop expulsion’. The minority question and forced migration in East-Central Europe: 1918-49», en *Nations and Nationalism*, n. 16 (1), 2010, pp. 108-126.

⁶⁷ Tony JUDT, *op. cit.*, p. 54.

sociedad y su relación con las praxis violentas, pero dice más de los primeros que de las segundas. Las depuraciones se hicieron extensivas a toda la sociedad, no solo a los colaboracionistas. Sin embargo, el final de la Segunda Guerra mundial signó el progresivo cierre, también, de la lógica de las guerras civiles entre revolución y contrarrevolución o, más todavía, la de las supuestas guerras entre ambos, también supuestos, macroproyectos —de hecho, ningún régimen fue derrocado en Europa entre 1920 y 1945 por una revolución comunista o socialista. El único fascismo no derrocado por las armas, el español, hubo de variar y adaptar sus formas desde dentro, demostrando que al igual que sus violencias, el fascismo también era un fenómeno reversible. Paulatinamente desde 1942 pero sobre todo tras 1945-48, los mecanismos legales encauzarían la limpieza política del enemigo, estableciendo un modelo de violencia cuyas formas, tras la victoria franquista, no mutarían hasta, cuanto menos, mediados de los años Cuarenta y de manera formal, en 1948, con el final del Estado de guerra declarado por los sublevados en julio de 1936. La primera guerra civil de la era del fascismo fue también una de las últimas en cerrarse.

No obstante, la última de esas grandes guerras civiles europeas de la primera mitad del Novecientos tuvo lugar en suelo griego y de hecho supuso, vista en perspectiva caballera, el punto de inflexión entre esa dinámica y la del comunismo y el anticomunismo, inaugurando así una nueva lógica, la de la llamada guerra fría. Entre 1947 y 1949, y después de la represión contra los comunistas desencadenada tras el desarme del EAM-ELAS⁶⁸, la tercera fase del conflicto interno tendría de nuevo factores internos e internacionales, siendo estos últimos, en pleno nacimiento de la Doctrina Truman y en pleno enfrentamiento entre Tito y Stalin, capitales para la derrota de la guerrilla comunista⁶⁹. En total, la ocupación del Eje habría supuesto unas 40.000 víctimas civiles, más las 15.000 producidas por la resistencia. El terror contrarrevolucionario de 1945-46 se llevó por delante 3.000 vidas, y la guerra civil propiamente dicha, además de unas 35.000 bajas militares, unas 4.000 de civiles ejecutados por la parte insurgente, y 5.000 por la gubernamental⁷⁰. 1949 supondría el cierre de las dinámicas de resistencia partisana y guerra de guerrillas iniciado en España

⁶⁸ André GEROLYMATOS, *Red Acropolis, Black Terror: The Greek Civil War and the Origins of Soviet-American Rivalry, 1943-1949*, Nueva York, Basic Books, 2004.

⁶⁹ Roberto RODRÍGUEZ MILÁN, «Confrontaciones civiles en la Europa mediterránea: Materiales para el estudio de la guerra civil griega», en *Hispania Nova*, n. 8, 2008, <http://hispanianova.rediris.es>

⁷⁰ Stathis N. KALYVAS, *La lógica*, cit. Polimeris VOGLIS, «Between negation and self-negation: political prisoners in Greece, 1945-1950», en Mark MAZOWER (ed.), *op. cit.*, y su tesis doctoral *Becoming a Subject: Political Prisoners during the Greek Civil War, 1945-1950*, Berghahn Books, Nueva York, 2002.

durante la Guerra Civil, que tuvo continuidad inmediata en la Francia, la Yugoslavia o la Italia ocupadas, y que fue finalmente derrotada en Grecia. En España, el maquis fue aplastado por el Ejército y la Guardia Civil en tres años de terror contra el “monte” y contra los civiles que los apoyaban en el llano. Con el fin y la derrota del fenómeno *maquisard* y de la guerrilla comunista en Grecia acababa una larga historia de confrontación militar y paramilitar que llevaba instalada en el Viejo Continente más de una década⁷¹.

Algunas conclusiones.

La posguerra mundial fue, pues, un tiempo de reajuste, de reubicación humana, de desplazamientos, limpiezas y detenciones, en tanto que resultado indeseado de las diferentes guerras superpuestas de ocupación y civiles vividas en Europa. La presencia del ejército soviético en la Europa del Este, como agente invasor sujeto de una paradigmática política de violencia (por cuanto amalgamaba la violencia de guerra, la represión política y la invasión externa), supuso el arranque de una nueva era de violencia en Europa donde la guerra en suelo propio dejó de ser el vehículo central de la construcción nacional. Eso no quiere decir que no volviese a aparecer la guerra y la violencia. Los terrorismos europeos hablan precisamente de una historia de la violencia europea que, pasada la barbarie de 1939-45, siguió si no latente, sí desde luego latiendo en muchas de las sociedades del viejo y salvaje continente.

Bajo el prisma de este contexto europeo hemisecular, las preguntas que asaltan al historiador tienen que ver con la multidireccionalidad de los procesos de violencia que desencadenan contextos como el de una guerra mundial o una intestina. Que relacionan contextos generales como la lucha entre revolución y contrarrevolución con dinámicas locales y regionales propias. Que vinculan motivaciones, deseos, miedos y aspiraciones desde la experiencia individual hasta las políticas estatales. Y que, como señalaba, sirven para concluir que la superposición de guerras dentro de una guerra civil es, posiblemente, el factor central que las explica. Tal vez, de hecho, lo realmente complejo sea nombrar un tipo de guerra que se resiste tanto a ser identificada, que vincula procesos cortos y violentos como los golpes de Estado, cuando los hay, con dinámicas de larga duración como las guerras totales. En un tiempo donde la tecnología bélica era muy superior a la de la información, la proyección sobre ese enemigo (el rojo, el ruso, el

⁷¹ José M. FARALDO, *La Europa clandestina. Resistencia a las ocupaciones nazi y soviética, 1938-1948*, Madrid, Alianza, 2011.

alemán, el judío) de estereotipos sobre lo infrahumano, lo sucio, lo enfermo, lo corrupto, lo degradado, lo repugnante, fue una constante en las guerras europeas, sobre todo tras la Gran Guerra, como lo fue también la apropiación en exclusiva de los símbolos y las mitologías comunes. La angelización propia y demonización y bestialización del otro tendrían una salvedad en las guerras civiles, pues la imagen de alteridad habría de construirse no sobre los estereotipos de lo desconocido (el ruso, el alemán, el francés), sino sobre lo cercano e íntimo. La apropiación en exclusiva de los valores colectivos más abiertamente positivos, en un contexto de disputa por el territorio conocido y contra un enemigo similar, sería un factor de radicalización extrema en las guerras civiles. Por ese motivo, y pese a que han generado muchísimas menos bajas y muchísimo menos sufrimiento sobre civiles y combatientes que las mundiales, se siguen considerando las guerras civiles como epítomes de crueldad y barbarie.

Desde el análisis geopolítico, identitario o cultural, la toma del poder o su mantenimiento pueden acabar resultando variables menores a la hora de comprender la violencia de las guerras civiles. El modelo teórico de la guerra civil como parte de un contexto mundial (e ideal) de revolución y contrarrevolución tampoco resulta por entero satisfactorio. En muchos análisis, la Europa occidental vivió tras la Gran Guerra una realidad histórica de contrarrevolución preventiva y, en el caso español, de revolución reactiva, en la que la contrarrevolución fue siempre mucho más fuerte que la revolución, y mayores los guarismos de sus políticas de violencia⁷². En esa línea también se inserta la contienda española, entre otras. Pero como tal, atiende con dificultad a las lógicas internas, a la contingencia histórica propia y a la identificación de los sujetos históricos como protagonistas conscientes de un proceso histórico. Como he señalado, la lógica de la violencia a ras de suelo en una guerra no tiene por qué ser la transposición directa, y podríamos decir teleológica, de la de la guerra en sí.

La evolución de los estados europeos y sus violencias hasta la década de los 50 fue, en conclusión, un *crescendo* acumulativo cerrado con la mayor aniquilación colectiva jamás registrada en un período de tiempo tan escaso, dejando la Segunda Guerra Mundial (entre 35 y 40 millones de personas muertas) en mantillas a su hermana más anciana. Pero a pesar de todo lo que ocurrió antes de 1945, los procedimientos sumarísimos, las ejecuciones en masa, las dictaduras implantadas y mantenidas con el

⁷² Michael SEIDMAN, *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2012.

derramamiento de sangre civil prosiguieron y hasta se perfeccionaron en Europa⁷³. En no pocos casos, continuando con las dinámicas abiertas en la primera mitad del siglo. En otros, con dinámicas nuevas. Y, en el caso de Grecia, sirviendo de bisagra entre ambos. Tras el final de la helena el huracán de la guerra, civil o internacional, no volvería a tocar el suelo de Europa. Pero ni mucho menos ese final de la violencia puede datarse en 1945. El final de la violencia, si es que realmente lo hubo, no llegaría a Europa hasta muchos años después, cuando se cerrasen las posibilidades estructurales para las políticas de violencia: cuando desaparecieron las dictaduras fascistas o fascistizadas (y en España seguimos debatiendo sobre cuándo datar esa desaparición), cuando dejó de considerarse la posibilidad de la ocupación territorial de países europeos (y la Alemania occidental estuvo ocupada hasta 1949), y cuando las guerras continentales y, sobre todo, internas, dejaron de ser una opción política. El final de la guerra griega supuso, en perspectiva, el inicio de un largo período de paz en Europa. Eso no quiere decir, por supuesto, que la violencia se esfumase, y las guerras francesas en Madagascar y Argelia, británica en Kenia (con una gigantesca mayoría de civiles muertos), española en Ifni o portuguesa en Angola, Guinea y Mozambique hablan, precisamente, de que ese huracán de praxis y políticas de violencia desplazó su vórtice de nuevo allá donde había arrancado la heterofobia extrema, el continente africano.

Cuando, además, parecía que el terror había terminado y que la historia, dolorosa parturienta, había por fin abandonado su dialéctica de sangre y había dado por terminada su trayectoria —cuando la historia, se decía, había terminado— llegaron de nuevo las guerras para contradecir a quienes pensaban que Europa no volvería a ver el terror dentro de sus fronteras. No, desde luego, con la intensidad alcanzada durante la Segunda Guerra mundial. Pero sí, evidentemente, a la altura de muchos conflictos que jalonaron la pasada centuria europea. La imagen generalizada de una Europa sumida en el terror hasta 1945 y redimida de la violencia en la segunda mitad del XX es equívoca y, sobre todo, extremadamente complaciente. Pensar que la heterofobia y su vehiculación en políticas de la violencia habían finalizado se demostró, con la perspectiva que dan los años, de una irresponsable ingenuidad.

⁷³ Keith LOWE, *op. cit.*, p. 34.